

Él también le teme

Él me contaba que desde pequeño siempre soñó con ser doctor, me decía que cuando su abuelo se quejaba por los dolores que aparecen con la edad, él intentaba desaparecer dicho mal con una sobada acompañada con algunas palabras para que desapareciera.

Pero por fin llegó el día en que el mal terminó por ser el ganador en esa batalla entre la vida y la muerte. Quizás fuera esa la razón que lo hizo entrar a la facultad de medicina, para aprender más de como luchar contra las enfermedades.

Recuerdo que cuando cursaba la carrera solía visitarlo en su escuela, siempre vestido de blanco me contaba cosas que no entendía, pero que me sorprendía su complejidad.

Aún recuerdo que todos los días solía vestirse de camisa y corbata, con una bata blanca, de la que me solía burlar, porque casi siempre lo veía con ella puesta. ¿La sentía como su armadura? No sé, nunca le pregunte.

Cuando solíamos ir al cine, terminaba dormido durante la función, después de una jornada de 24 en el hospital, su espacio disponible lo ocupaba para descansar. Había semanas que no podía hablar mucho con él, entre la escuela y su servicio, las horas para su vida social eran reducidas.

Después de varios años terminó por titularse, llegó a trabajar en un consultorio pequeño, cobrando por su labor una suma más baja que dos refrescos grandes. Unos años después pudo ingresar a trabajar a un hospital público, las situaciones que ahora atendía eran más complejas.

Tenía que luchar por la vida del paciente, intentar ganar la batalla contra una enfermedad o un accidente. Él se encontraba frente a la muerte, conviviendo y luchando, en algunas ocasiones él ganaba, en otras más ella vencía.

Pero hoy la cosa es distinta, hoy la muerte no sólo le arrebató a sus pacientes, sino que incluso lo amenaza, se escabulle a través de un pequeño virus, tan pequeño

que es casi invisible para el ojo humano, quizás de allí la razón de que algunos lo crean un invento.

Entonces supe que él comenzó a prepararse, a entender lo que aquel virus ya había hecho en otros países, aprender para no cometer los mismos errores. Lo veíamos tan lejos, que no pensamos que sólo en un par de semanas lo que ayer sucedía en China, hoy ya comenzaba a encontrarse aquí.

Entonces los noticieros hablaban de cifras, de muertos, de hospitales, de camas, de ventiladores, ... de médicos. Ellos que hoy se encuentran en la primera línea de batalla contra aquel enemigo que aún no sabemos cómo derrotar, ese enemigo que también aterra a ellos.

Y esa bata de la que hace años me burlaba, aquella que portaba como trofeo de sus largas noches atendiendo a enfermos en su servicio, hoy es motivo de miedo. Ya no suele llevar en el transporte o visible a las demás personas.

No quiere ser uno más de los que son discriminados o incluso agraviado por su profesión, por luchar para que ese enemigo invisible no continúa dañando a más personas.

Desde hace unos meses ya no lo he visto, se que se fue a rentar un departamento cerca del hospital donde trabaja, habla en sus ratos de descanso por videollamada con su familia. Ya no hay abrazos ni besos, pero con su distanciamiento demuestra todo su amor.

Me contaba su mamá que hace unos días le llamó muy triste, pues comentaba que el paciente al que estaba cuidando, termino por perder la batalla contra el virus. Hacía unos días había llegado al hospital con fiebre y dificultad para respirar.

La persona ya era de avanzada edad, dice, que se le notaba en su rostro el sufrimiento que le causaba el atacante. Él intento brindar toda la atención posible, no quería darle tregua al enemigo para dañar más al hombre.

Pero finalmente en esa lucha en la que él no tenía armas, finalmente el virus logró arrebatarse la vida de aquella persona. Dice su mamá que le comentaba que le recordó mucho a su abuelo.

Y no es que fuera la primera vez que se le había muerto un paciente, pero si fue la primera vez en que esa lucha fue desigual. El enemigo era poco conocido, su aparición fue casi repentina, y su llegada, aunque era esperada, aún no sabemos cómo lidiar con ella.

Hoy que todo se detiene, pero para él todo avanza y cada vez es más agobiante, la lucha es constante. Allí yace en un edificio esperando la llegada de otra persona más y otra más, mientras que con el paso de los días ya no tienen el espacio para recibir a otro más.

Obviamente eso aterra a las personas, obviamente esperan no encontrarse con el virus, entre su miedo y su ignorancia, creen que cerrando hospitales o corriendo a los médicos lograrán que el virus no los alcance.

Susan Sontag señalaba que la gente experimentaba una repulsión irracional por las personas portadoras de alguna enfermedad, al tiempo que los culpaban por "haberse enfermado".

La xenofobia, el clasismo o hasta la discriminación han salido a relucir, no es raro leer comentarios en internet donde se culpa a los ricos por propagar la enfermedad; o que si la culpa de no tener dinero es por no ahorrar, etc.

Creo que él teme mucho no salir bien librado de la batalla, teme que el virus aproveche su más mínimo error para poder demostrar que en esa lucha será por comprobar toda la capacidad y fuerza de ambos enemigos.

Espero que él salga victorioso, que logre en cada batalla vencer al enemigo, que no baje la guardia y pueda ser atacado. También espero que la gente entienda que aún sin conocerlos, él busca que todo vuelva a la normalidad, para que hoy los besos que no se pueden dar, mañana se reciban.

Para que las fiestas que hoy no pueden celebrar, mañana sea en honor a que como humanidad logramos vencer a una enfermedad más. Porque hoy tenemos la oportunidad de contribuir a no acrecentar más los contagios, para que el enemigo se vaya pronto de aquí.

Yo sé que él hoy está temeroso de no volver a ver a su familia y a sus amigos, pero se también que él hoy tiene la oportunidad de ayudar no sólo a su abuelo, sino de formar parte de un suceso histórico que en algunos años narrara como la humanidad logró derrotar a un virus.